

Quiero que todos ustedes hagan algo conmigo para la homilía de hoy día. Tomen su billetera y de ella saquen un billete de cualquier denominación o valor ¡No se preocupen ahora! No les voy a pedirles que se lo den a la parroquia cuando terminemos, ¡aunque la parroquia no lo rechazaría! Vea el billete en el reverso. Noten la frase impresa en ella: **EN DIOS CONFIAMOS**. ¿Es esto de hecho una verdad por la cual cada uno de nosotros vive? ¿O confiamos en nosotros mismos (lo que el dinero simboliza) para proveernos la vida y la seguridad que todos deseamos?

A menudo escucho a la gente decirme dentro y fuera del confesionario: "Padre, necesito confiar en Dios más de lo que yo hago". Las Escrituras de hoy hablan de la virtud de la fe, **EN DIOS CONFIAMOS**. Entonces, ¿cómo podemos crecer en esa confianza?

Primero que nada, Jesús nos dice que cuando se trata de la vida divina, el amor y la gracia, Dios es un granjero pródigo. Dios no se va a sobrepasar en esplendor. Ningún agricultor en los tiempos bíblicos (¡y mucho menos hoy!), consideraría arrojar una semilla en forma irresponsable al viento para que caiga en un buen suelo, o en una tierra rocosa, entre zarzas, o en el pavimento — o en cualquier tipo de suelo y lugar posible. Sin embargo, Jesús nos dice, esta es la forma en que Dios agracia libremente a todos.

En segundo lugar, Dios espera, pacientemente. La primera parábola nos dice que el granjero "duerme y se levanta día y noche y, con todo la semilla germina y crece, pero el granjero no sabe cómo". Dios está dispuesto a confiar, a tener fe, en el lento y sutil proceso de crecimiento y desarrollo. Piénselo—¡Dios pone fe en nosotros! Nosotros, por otro lado, esperamos, si no es instantáneo, un resultado de salida rápido y la ganancia por nuestros esfuerzos. Piense en los anuncios comerciales de productos que indican que en una semana o en un mes veremos resultados significativos con poco o ningún esfuerzo de nuestra parte. Sin embargo, el crecimiento en la fe, en la confianza en Dios, como el envejecimiento de un buen vino, requiere tiempo, esfuerzo y paciencia en el proceso. En los últimos meses, los he invitado a todos ustedes a aceptar el reto del 1% de ser un católico evangélico— de dedicar 15 minutos al día a leer, reflexionar y orar con las Escrituras, de permitir que Jesús desarrolle una más y profunda relación personal con nosotros. Los movimientos del Espíritu Santo en nosotros son tan modestos que casi se pasan por alto. Sin embargo, si somos pacientes, y estamos dispuestos a arriesgar la fe, la confianza en Dios, gradualmente el

Espíritu Santo surgirá dentro de nosotros y causará que la divina semilla "desarrolle el brote, luego la hoja, luego el grano completo" dentro de nosotros.

Tercero. Tal confianza no requiere un esfuerzo sobrehumano para que Dios haga su milagro de vida en nosotros. La segunda parábola habla sobre una semilla de mostaza, que Jesús declara que es la más pequeña de todas las semillas en la tierra. De hecho, no es. Más pequeñas aún son las de petunia, la begonia y la semilla de orquídea. Pero la diferencia es que la pequeña semilla de mostaza (del tamaño de una cabeza de un alfiler) crece sin pretensiones hasta convertirse en un gran arbusto o ¡incluso en un árbol! ¡que es más alto que la cabeza de un hombre! ¡La semilla de mostaza blanca era común en Israel en el tiempo de Jesús y crecía a diez o doce pies, con un tallo (tronco) del grosor de un brazo de hombre! La Santidad, como el Papa Francisco lo dice en su última exhortación, "**Alegría y Exaltación**" (*Gaudete et exultate*), que esto no es solo para obispos, sacerdotes o miembros de las comunidades religiosas, sino que es un llamado y un regalo que es dado a cada miembro de la iglesia.

A veces es difícil para nosotros, como cristianos, de mantener nuestra esperanza en la venida del Reino de Dios, de vivir **EN DIOS CONFIAMOS**. Cuando escuchamos eventos mundiales, y ver el poder del mal nos parece abrumador. Las tentaciones del mundo de tenerlo todo, y de tenerlo ahora y poniendo la confianza en otras realidades distintas que la de Dios que para nuestra seguridad se presentan como enemigos formidables. Las armas de la oración y las obras de misericordia parecen tan pequeñas e insignificantes.

Sin embargo, San Pablo nos asegura que "*nosotros siempre tenemos confianza*" (2Cor 5:6). ¿Cuál es la fuente de tal confianza? Viene de creer con todo nuestro corazón en Dios "*quien es nuestra esperanza y nuestra fuerza, quien baja el árbol alto y levanta el árbol bajo*", para conocer que el Reino de Dios no es como el mundo que se enorgullece en "grandezas" en diferentes modos. En el Reino de Dios, uno no necesita ser el "más importante" para hacer una diferencia; la persona más pequeña es la más grande y poderosa porque la semilla de Dios ha encontrado un suelo rico y está produciendo una cosecha de treinta, sesenta o cien veces más.

EN DIOS CONFIAMOS.

Padre Jim Secora